

## UN NUEVO ÁMBITO PARA LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES

Rosa NAVARRO DURÁN  
Universidad de Barcelona

La investigación en el campo de la literatura es posible porque el material con el que se trabaja no es palabra sagrada, inmutable. La historia de la literatura contiene una serie de aseveraciones revisables; sobre todo, en aspectos de perfiles difusos, en datos imprecisos o en lugares en que se carece de ellos. Aunque parezca tal afirmación una perogrullada, no lo es. Sólo la aparición de un documento nuevo parece tener fuerza para abrir brechas en ese corpus de ciencia inamovible, y, en cambio, los propios textos ofrecen datos que a veces pueden desmentir los que contiene la historiografía, que los clasifica, ordena y dicta su sentido.

En todas las historias de la literatura figura *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* como una obra anónima, escrita a mitad del siglo XVI, que es la autobiografía de un pícaro, un muchachito muerto de hambre. Se dice que su anonimia está íntimamente ligada al género, que el autor desaparece para que sea más verosímil el relato de Lázaro, el personaje que cuenta su vida, cuya voz empieza a oírse ya en la presentación de su obra: “Yo por bien tengo que cosas tan señaladas...”. Los datos que encierra el propio texto indican que esas supuestas certezas deben revisarse.

En 2002 publiqué mi primer artículo, “De cómo Lázaro de Tormes tal vez no escribió el prólogo a su obra”, para mostrar cómo es un escritor culto, que cita a Plinio y a Cicerón, y no un pregonero analfabeto, quien en el prólogo presenta a los lectores su libro, y me apoyé en la incongruencia que presenta el texto tal como nos ha llegado. Leyendo *La vida del Buscón* de Francisco de Quevedo, pude darme cuenta además de lo que el agudo escritor había visto en el texto del *Lazarillo*, gracias también a tener un uso de la lengua muy cercano al de la obra: que el destinatario del relato de Lázaro, “Vuestra Merced”, era una dama. El texto iba cambiando de faz en mis manos, y así otros elementos de su contenido cobraron relieve y pude llegar hasta el extraordinario escritor que creó la obra: Alfonso de Valdés, el culto erasmista, de familia conversa, que fue secretario de cartas latinas de Carlos V, el mejor prosista de la primera mitad del siglo XVI. Y lo hizo entre 1530 y comienzos de 1532, porque murió el 6 de octubre de 1532, de peste, en Viena.

Los datos históricos que hay en la obra corroboran cómo tuvo que escribirse forzosamente en esos años y no veinte después, como figura en todas las historias de la literatura sólo por el hecho de que nos haya llegado el texto en cuatro distintas ediciones impresas en 1554, aunque es evidente que ninguna de ellas es la primera. El contenido ideológico no deja tampoco lugar a dudas de la condición de erasmista del autor. Y las coincidencias léxicas entre los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés y el *Lazarillo* son apabullantes. Sin embargo, como los usos lingüísticos pueden no ser exclusivos de un escritor, en cuanto que una parte de ellos puede compartirla con sus contemporáneos, son otras las pruebas que he ido acumulando para de-

mostrar que la suma de datos históricos, ideológicos y léxicos no engaña: los libros que leyó el escritor y que afloran en sus tres obras, estableciendo entre ellas lazos indiscutibles. He conseguido ya ver en la estofa de la escritura más de veinte obras leídas, y el número sigue creciendo. Aportaré aquí las dos últimas que he puesto en la biblioteca del escritor conquense: el *Libro del caballero Cifar* y la traducción castellana de la espléndida obra de Joanot Martorell: *Tirante el Blanco*. Aunque remito al lector a mis ensayos (Navarro Durán, 2003 y 2004), donde encontrará descrito minuciosamente el trayecto que he seguido en estos últimos años hacia el interior del texto, teniendo muy presente su contexto sociopolítico, voy a exponer brevemente los pasos esenciales para que cobren sentido los últimos datos inéditos que apporto.

## 1. PROBLEMAS DEL TEXTO DEL *LAZARILLO DE TORMES*

El prólogo del *Lazarillo* tal como nos ha llegado presenta una incongruencia manifiesta: el último párrafo cambia de interlocutor sin que se indique. Primero el escritor se dirige a los lectores hablando de su libro; y al final, sin tránsito alguno, se oye ya la voz de Lázaro dirigiéndose a Vuestra Merced, al destinatario de su relato. Es muy fácil comprobarlo. Basta comparar el inicio “Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade...”, en donde queda muy claro que está hablando el autor sobre su libro, y ese párrafo final: “Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomarle por el medio, sino del principio, por que se tenga entera noticia de mi persona” (Valdés, 2004: 3 y 5). Ahora es Lázaro, el personaje, el que habla y está mencionando la razón de su declaración: esa persona a la que se dirige como “Vuestra Merced” ha pedido información sobre “el caso”,<sup>1</sup> y él va a complacerle declarando lo que sabe; lo que ocurre es que va a comenzar por el principio, y va a contar su vida hasta llegar a relatar lo que se le pide. Lázaro no escribe, habla (un escribano anotaría su declaración), porque no sabe escribir: nunca ha ido a la escuela ni menciona tampoco haber recibido educación alguna.

El prólogo no puede, pues, acabar como figura en las ediciones, sino que sus últimas palabras son precisamente las del párrafo anterior, aquellas que también forman parte del título de la obra: “...y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades”. Antes el escritor ha ofrecido su obra escrita, su libro, a los lectores: “...de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren y vean que vive un hombre...”.

### 1.1. *La mutilación del texto*

Esa supuesta fusión de dos cosas distintas, del prólogo y del comienzo del relato, queda probada por un rasgo extraño de dos de las cuatro primeras ediciones conservadas del texto —las más fieles al original perdido—, impresas en 1554 en Burgos y en Medina del Campo:<sup>2</sup> no hay

1. No se le pide a Lázaro, a quien no conoce (él le dice que es pregonero de Toledo); sería la persona encargada de recabar la información solicitada la que acudiría a Lázaro, a quien el “caso” salpicaba porque era el marido de la supuesta manceba.

apenas separación entre el final del prólogo y el comienzo de la obra, mientras sí se marca muy claramente el inicio de los otros capítulos, con blancos, con ilustraciones. El epígrafe del primer tratado no responde a su contenido y no tiene la factura que los otros. Su “Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue” difiere de la forma del segundo: “Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó”, que es semejante a todos los demás (“Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él”, etc.).

Sólo puede explicarse la anomalía de las dos citadas impresiones si nos damos cuenta de que alguien debió de arrancar un folio del texto de la primera edición, que probablemente se imprimiría en Italia (Navarro Durán, 2004: 27); el segundo impresor separó mal las dos partes fundidas por la mutilación del texto. En ese folio figuraría el *argumento* de la obra, la clave para su lectura correcta. De tal forma que, al quitarlo, no quedaba claro el auténtico sentido, y así siempre se ha leído el *Lazarillo* como la autobiografía de un pobre muchacho. No es éste su argumento, sino “el caso”; Lázaro relata su vida para justificar el papel que desempeña él en este asunto, como ya vio Francisco Rico (1970).

La hipótesis de la desaparición del “argumento” se basa en que aparentemente no falta nada en el prólogo —acaba con palabras que remiten al título de la obra, como he dicho— ni en el comienzo de la declaración de Lázaro, de la obra en sí, porque el pregonero se dirige al destinatario de su relato con fórmula de creencia, ofreciendo el servicio que le va a hacer con su mejor voluntad y aludiendo a la petición que ha hecho, a la que él viene a dar satisfacción. El “argumento” o resumen del contenido figura en textos cuya huella de lectura se puede percibir en el texto del *Lazarillo*: desde *La Celestina* o *La Lozana Andaluza* al *Relox de príncipes*, las comedias de Plauto o de Torres Naharro, o el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, del propio Alfonso de Valdés; está también en el *Decamerón*, en el *Novellino* de Masuccio o en *Tirante el Blanco*. El epígrafe lo añadiría el impresor de la primera edición española —de la que derivan todas las conservadas— al tener que separar dos partes fundidas, el prólogo y el primer tratado; y no sólo lo redactó sin tener en cuenta a los otros, sino que lo puso en un lugar inadecuado. Su error precisamente permite advertir el problema que intentó resolver y nos señala la mutilación del texto.

El primer tratado no tenía epígrafe alguno; en las impresiones italianas de los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés, se indica el comienzo del segundo libro o parte, pero no del primero, que carece de epígrafe; y es lógico porque no hace falta. Pero volvamos al relato de Lázaro.

## 1.2. *El caso: la dama, el confesor, la criada y el pregonero*

¿A qué “caso” se refiere “Vuestra Merced”? Lo menciona el propio Lázaro al final de su relato: “Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el *caso*”; es decir, son los rumores de que su mujer no sólo le guisa y le hace la cama al arcipreste de San Salvador, sino que se acuesta con él. Había contado antes Lázaro cómo pregonaba los vinos del arcipreste y cómo éste, viendo su “habilidad y buen vivir”,<sup>3</sup> le propuso casarse con su criada. Sólo que las ma-

2. Se conservan cuatro impresiones, distintas, de 1554, que no son las primeras. De las tres impresas en España —en Burgos, Medina del Campo y Alcalá de Henares—, sólo se conserva un ejemplar de cada una de ellas; el de Medina del Campo apareció en una casa de Barcarrota en 1992 al derribar la pared que protegió su escondite más de cuatro siglos. De la impresa fuera de España, en Amberes, por Martín Nucio, se conservan siete ejemplares: el séptimo lo localicé en la biblioteca de Leiden. Como demuestra Alberto Blecua, la edición de Burgos es la que deriva más directamente del original perdido (Blecua, 2003).

3. Por supuesto, es pura ironía: sería la aparente simpleza del mozo lo que llevaría al arcipreste a tal propuesta.

las lenguas dicen que ella, antes de que se casara, “había parido tres veces”. Y en ese momento del relato, Lázaro se detiene y dice “Hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque está *ella* delante” (Valdés, 2004: 50), y nos da un dato esencial sobre ese misterioso personaje, del que sólo sabemos que conoce al arcipreste de San Salvador, porque él es “servidor y amigo de Vuestra Merced”: “Vuestra Merced” es una dama, por eso Lázaro utiliza el pronombre *ella*<sup>4</sup> (si fuera un caballero, emplearía el pronombre *él*) y le pide disculpas al decir la palabra “parir”, término que sólo puede ofender a una mujer, porque los hombres no dan a luz.

Dice Rafael Lapesa: “Cuando los tratamientos con abstractos femeninos como *vuestra* o *su merced*, *vuestra* o *su señoría*, *Vuestra* o *Su Majestad*, etc., designan varón, llevan en masculino el pronombre que los representa en anáforas o catáforas, así como los nombres y participios referentes a ellos tanto en función predicativa como explicativos o en construcción absoluta” (Lapesa, 1973: 163). Y antes ha hablado de esa construcción con tratamiento honorífico + pronombre:

Un interlocutor a quien el hablante se ha dirigido valiéndose de sustantivos que lo representan con acatamiento o denuesto puede ser designado luego mediante el pronombre *él*, *ella*. Igual ocurre cuando el sustantivo es un abstracto reverencial: “Más niña es *vuestra merced* que su ñeticica, dexé estar lo que no es para *ella*” (Delicado, *Lozana*, 222); “Si Vuestra Celsitud tiene en tanto mi doctrina como yo tengo a su real persona, soy cierto que *él* será para mí otro Demetrio y yo seré para *él* otro Hermógenes” (Guevara, *Menosprecio*, 14-15), p. 158 (Lapesa, 1973: 158).

Son ejemplos de Keniston (1937), como indica. Aunque con ellos queda sobradamente probado que con el pronombre *ella* Lázaro está dirigiéndose a una dama —“Vuestra Merced”—, puedo añadir otros más que lo confirman.

Como he adelantado, una de las lecturas de Alfonso de Valdés fue *Los cinco libros del esforzado e invencible caballero Tirante el Blanco de Roca Salada*, traducción de *Tirant lo Blanc*, de Joanot Martorell. La obra nos da un uso de pronombre femenino referido a una dama: la malvada Viuda Reposada le dice a Carmesina que Tirante habla mal de ella, “y si *vuestra alteza* supiese lo que me dice *de ella*” (*Tirante*, III, 1974: 127). Otra obra esencial para la creación del *Lazarillo* fue el *Retrato de la Lozana Andaluza*; además del ejemplo que aportaba Keniston y recogía Lapesa, el texto ofrece otros dos más: a) Un escudero se dirige a Lozana y le dice: “Señora, si no le pesa a *vuestra merced*, ¿es *ella* el mozo?” (Delicado, 1985: 313); y b) Lozana habla con Canavario: “Para *vuestra merced* no hay priesa, sino vagar y como *él* mandare” (Delicado, 1985: 308).

4. Es imposible, como algún crítico apunta, que Lázaro se refiera con ese pronombre femenino a su mujer (si antes ha dicho que estaba delante cuando le habló su señor es porque va a describir su airada reacción ante lo que le oye decir). Así se llega a afirmar que Lázaro con “Vuestra Merced” se refiere al arcipreste, y con “ella” a su mujer. El pronombre “ella” forzosamente tiene que referirse al femenino más cercano, es decir, a la fórmula de tratamiento “Vuestra Merced”; y no tiene sentido alguno que le pida excusas al arcipreste por el uso de la palabra “parir” y que además añada esa tautología: que lo hace porque él está delante. Lázaro incluye en el monólogo que forma su declaración los diálogos que sostuvo con los personajes que va mencionando, pero no hay que perder de vista ese espacio global de la deposición, en el que se inserta esa fórmula de excusa. Si se advierte que “Vuestra Merced” es la persona para quien declara Lázaro (y los demás “Vuestra Merced” de este tratado se refieren a ella), adquiere sentido esa curiosa afirmación de “porque está ella delante”: no lo está ante Lázaro, pero él sabe que a ella van destinadas sus palabras y que, por tanto, estará delante cuando las lea. En las *Batallas y Quincuagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo, Sereno le dice algo semejante a su interlocutor: “Y aún conjeturo desto que, como fuiste criado de aquella Casa Real de Nápoles y del Serenísimos señor duque de Calabria, que aora reside en Valencia, y no pueden dejar de llegar a sus manos estos renglones, *habláis como delante de Su Excelencia*” (Fernández de Oviedo, 2000: 33).

Al ver que “Vuestra Merced” —a la que se dirige Lázaro— es una dama, podemos además darnos cuenta de cuál es la relación que tiene con el arcipreste: se confiesa con él. Y en ese momento cobra sentido toda la obra y entendemos el sentido del “caso”. ¿Por qué puede interesarle a Vuestra Merced saber si esas habladurías sobre el arcipreste son ciertas o no? Precisamente porque es su confesor; si es un clérigo amancebado, podría ser que peligraran los secretos que le dice al confesarse. ¿Y si un día el clérigo está un poco más alegre de la cuenta, gracias tal vez a ese vino que Lázaro le pregona, y le dice algo a su amante de lo que ha oído en la confesión? ¿Y si a ella se le ocurre contárselo a su marido? Cobra entonces también sentido el oficio de Lázaro, el que sea pregonero, porque lo dicho en confesión por la dama podría acabar en boca del pregonero; sería —como dice el refrán— dar un cuarto al pregonero.

En *La vida del Buscón*, Quevedo imita la estructura compositiva del *Lazarillo*, una relación, y no la forma de confesión del *Guzmán de Alfarache*; y curiosamente cambia el sexo del interlocutor a quien se dirige Pablos en su segunda versión, la del manuscrito *B*. Si los manuscritos *S* y *C* comienzan “Yo, señor, soy de Segovia”, la versión última, según la autorizada opinión de la crítica de hoy (Rey, 2003), lo hace con “Yo, señora, soy de Segovia”. Como el destinatario no tiene papel alguno en el relato, el cambio tal vez podría leerse a la luz de la correcta lectura de ese *ella* del *Lazarillo*.

## 2. EL AUTOR DEL LAZARILLO: EL ERASMISTA ALFONSO DE VALDÉS

Sólo un erasmista pudo haber escrito esa aguda sátira contra los clérigos amancebados.<sup>5</sup> Y no sólo contra ellos, sino contra el cruel ciego rezador, intermediario entre Dios y la crédula gente, que vive de la piedad y maltrata a su criado; que reza oraciones por encargo y no cree en ellas; contra el avariento clérigo, que no sabe qué es la caridad que predica, come bien gracias a las limosnas y mata de hambre a su mozo; contra el fatuo escudero que vive de las apariencias y nada tiene, que se ofende por la forma del saludo y come lo que su criado ha conseguido mendigando; contra el fraile de la Merced y sus abusos sexuales; contra las estafas del buldero, que llega a fingir un milagro para vender las bulas de las que vive; contra el capellán que explota a su criado como si de un esclavo se tratara (le exige que gane todos los días ¡treinta maravedís!, vende así al pobre diariamente como si fuese un Judas).

Y todos esos personajes, que son los amos de Lázaro, no tienen nombre propio; porque el autor no dispara los dardos satíricos contra un personaje concreto, con nombre, sino contra todos aquellos que se comportan así. El nuncio del Papa, Baltasar Castiglione, le había echado en cara a Alfonso de Valdés que en su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* atacara al Papa y le recordaba que la sátira se dirige a seres sin nombre propio. Se lo decía en una carta feroz, en donde afirmaba que antes de nacer ya no tenía honor (“ch’io debba far piú conto dell’onor vostro, il quale voi avete perduto prima che nascesti” (Valdés, 1996: 563), y señalaba así su origen converso.

Alfonso de Valdés era hijo de Fernando de Valdés, cuya abuela era judía, y de María de la Barrera, de familia judía. A su tío, Fernando de la Barrera, lo encarceló y juzgó la Inquisición en Cuenca, en 1491. Lo acusaron, sin pruebas, de ser judío relapso y lo quemaron. Era

5. Tanto Morel-Fatio como Menéndez Pelayo ya señalaron el erasmismo del *Lazarillo*; hay que destacar en esa línea los espléndidos ensayos de Antonio Vilanova (Vilanova, 1989).

cura de la parroquia de San Salvador de Cuenca (no olvidemos que el arcipreste del *Lazarillo* lo es también de una iglesia de San Salvador).

Alfonso de Valdés nacería en ese tiempo en que la familia vivió la inmensa tragedia. Su padre Fernando y su hermano Andrés sufrirían años después procesos por no facilitar la actuación de la Inquisición. Su tabla de salvación fue la política: eran regidores de Cuenca; como lo fue también la de Alfonso de Valdés, protegido por el Emperador; por su gran canciller, Mercurino Gattinara; por el propio inquisidor general, Alonso Manrique. El nuncio del Papa intentó en vano que cayera en desgracia con sus denuncias. Y también se esforzó en ello el poderoso cardenal de Osma, Francisco García de Loaysa, que había sido confesor de Carlos V y que dejó de serlo porque el Emperador se enteró de su relación con mujeres. El testimonio lo aportan cartas de Juan Dantisco, el embajador de Polonia en la corte del Emperador, gran amigo del escritor conculcense y víctima también del vicioso confesor de Carlos V: quiso procesarlo acusándole de luterano porque Dantisco había sido testigo de su conducta, (Fontán /Axer, 1992: 189-191; Navarro Durán, 2004: 245-251).

Alfonso de Valdés empezó a escribir en defensa del Emperador y contra la actuación de Clemente VII a raíz del saco de Roma; y después de su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, escribiría otra defensa de la política imperial, el *Diálogo de Mercurio y Carón*, donde aparecía un desfile de ánimas de personajes sin nombre, todas ellas pertenecientes al estamento eclesiástico y al cortesano, como los amos de Lázaro. Contaban cómo habían vivido; las interrogaban Mercurio y Carón; en la primera parte, antes de que subieran a su barca para ir al infierno, su comportamiento —descrito con aguda ironía— era totalmente contrario al pensamiento erasmista. Los dos *Diálogos* se imprimen en Italia después de la muerte del escritor, anónimos.

Alfonso de Valdés, secretario de cartas latinas del Emperador, es además el autor del *Lazarillo*. Lo prueban las numerosas coincidencias léxicas que hay entre sus tres obras,<sup>6</sup> el pensamiento erasmista que les da sentido, su finísima ironía. Y también las referencias históricas que hay en el relato de Lázaro.

### 3. LA HISTORIA Y LA LITERATURA COMO PRUEBAS

Son dos las fechas que en él aparecen: la desastrosa batalla de Gelves contra los moros, en 1510, donde muere el padre de Lázaro. Y la entrada del Emperador en Toledo, el 27 de abril de 1525: “Esto fue el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo *entró* y tuvo en ella cortes”. Dos momentos claves para ver el pensamiento político del escritor: una derrota de Fernando el Católico, rey al que siempre ponían como modelo a Carlos V los nobles castellanos, y el momento de máxima gloria del Emperador: acaba de vencer en Pavía al rey francés, Francisco I, lo tiene prisionero en Madrid, y entra por primera vez en Toledo, ciudad destacada en la rebeldía comunera. Eligió muy bien esos dos hechos políticos Al-

6. Pueden verse los más de setecientos usos léxicos comunes (con algunas frases exactas) en la página web <http://www.elazarillo.net> Nunca usa el verbo *acontecer* en sus tres obras, y sí continuamente *acaecer*; repite fórmulas semejantes para comenzar breves diálogos: “Ven acá”, “Bien está”, “Bien creo”, “¡Cómo!”, “Mira”, “Mira, mira”, “Páreceme”, etc.; muletillas, expresiones, etc. Curiosamente con las tres letras invertidas del inicio del título de la obra y las tres del final se forma la palabra VALDÉS: *LA vida de Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades*.

fonso de Valdés, el fiel secretario del Emperador, cuando escribió en 1530 o 1531 el *Lazarillo*. Como hombre político, fecha la obra con absoluta precisión; no elige una gran batalla, sino un hecho simbólico, esencial en el reinado del Emperador, que un buen cortesano podía apreciar muy bien: la entrada del Emperador en Toledo. Al llegar a ese momento, Pedro Mejía, el cronista del Emperador, indica que hace un descanso en la narración de “las cosas de la guerra”: “Pero agora en este lugar, que la vitoria del Emperador hiço parar las armas, dexaremos un poco de tratar dellas y escriuiremos las otras cosas”, y habla de “una de las grandes Cortes que a tenido”, enumerando los nobles y embajadores que a ellas acudieron (Mexía, 1945: 396-397).

En las cortes de Toledo de 1525, el Emperador anunciaría además sus esponsales con Isabel de Portugal, una felicísima elección personal, política y económica, como muy bien sabía su secretario. Y no puede referirse el texto en forma alguna a las cortes de 1538 —como parte de la crítica sostiene— porque, si así fuera, se hablaría de unas segundas cortes, puesto que se habrían celebrado ya en esa ciudad unas primeras; es además impensable hablar entonces de “grandes regocijos” posteriores (que sí los hubo y muchos en 1525) porque, al mes de finalizar las cortes, moriría la muy amada reina Isabel.

Hay más datos históricos dentro de la obra: desde la mención a un espadero toledano documentado en 1529, Cuéllar, a la crítica feroz contra los abusos de los bulderos, que fue materia de las cortes de Valladolid de 1523 y de Toledo de 1525; es impensable además que ningún escritor se atreviera a tal sátira después de comenzar el concilio de Trento. *La vida de Lazarillo de Tormes* es una novela situada en un marco histórico muy preciso; cosa que no sucede con ninguna de las grandes novelas de la Edad de Oro, ni con el *Guzmán* ni con el *Quijote*. Hay una voluntad muy manifiesta en su autor en situarla en un tiempo concreto y en una geografía real, porque la ficción está al servicio de la sátira erasmista: se apunta al estado de la curia eclesiástica de un momento preciso, del vagar de los escuderos sin señor de una corte concreta. Es el fiel cortesano Alfonso de Valdés, el principal valedor de Erasmo en España y el gran defensor de Carlos V después del desastre del saco de Roma, quien está iniciando un nuevo género novelesco porque parte de la realidad para denunciarla. Lo hizo antes en sus dos *Diálogos*. En el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, introdujo al arcediano del Viso con un disfraz semejante al que luego daría a su espléndida criatura de ficción, Lázaro de Tormes; Lactancio lo ve venir con “un sayo corto, una capa frisada, sin pelo; esa espada tan larga...” (Valdés, 1992: 86). Lázaro, cuando consiga su “hábito de hombre de bien” irá con “un sayo raído de manga tranzada y puerta, y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar” (Valdés, 2004: 48). Las precisiones añadidas lo son para envejecer el hábito y que aparente ser de “hombre de bien”, en alarde de ironía valdesiana.

Y además, las lecturas del escritor aparecen en el texto del *Lazarillo*. Las voy descubriendo a través de las huellas que han dejado en sus tres obras: desde *La Celestina* a *La Lozana Andaluza*, desde el *Decamerón* de Boccaccio al *Novellino* de Masuccio, desde la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera al *Tercer abecedario espiritual* de Francisco de Osuna, desde la *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, que circuló manuscrita por la corte, al *Diálogo de doctrina cristiana* de su hermano Juan de Valdés, que fue prohibido en seguida.

Precisamente una novela, la IV del *Novellino* de Masuccio, es la fuente del tratado quinto del *Lazarillo*, el del buldero, como indicó ya a fines del siglo XIX el gran hispanista Morel-Fatio;<sup>7</sup> y otra, la IX, es la que le dio a Alfonso de Valdés la idea de la estructura de su obra. Ma-

7. El centro del relato de Masuccio es una reliquia, que es lo que da de comer al clérigo que la muestra; en el *Lazarillo*, es la venta de bulas. Francisco Ayala ya subrayó lo significativo de tal sustitución: “Pero tampoco carece de significación el hecho de que nuestro autor, puesto a adaptar el cuento de Masuccio, transforme la treta del fraile que abusa de la credulidad en las reliquias, adaptándola como treta para vender bulas” (Ayala, 1989: 90).

succio cuenta en ella la historia de un guapo arcipreste y de su amante, la bella Lisetta, que se finge posesa para alejar a su celoso y simple marido, el Veneciano. El espíritu del padre de Lisetta, que es quien se ha adueñado de su cuerpo, amenaza al yerno con pasarse al suyo si no peregrina durante cuarenta días a cuarenta iglesias para que en cada una de ellas se diga una misa por su alma; mientras, tiene que dejar al arcipreste al cuidado de su mujer. La estratagemma de los dos amantes les permite gozar sin sobresaltos de esa cuarentena; en ella el apuesto arcipreste contará a la bella Lisetta los secretos que la gente del pueblo le va confesando, y ella se liberará del peso de tanto saber divulgándolos.

A partir de esta novela, Alfonso de Valdés imaginaría la declaración de Lázaro, el marido de la manceba del arcipreste de San Salvador, ante la petición de información que una dama había hecho sobre la conducta de su confesor. Nadie mejor que Lázaro de Tormes podría informar sobre “el caso”, es decir, sobre lo que la gente murmuraba del arcipreste. Alfonso de Valdés va mucho más allá que Masuccio en su sátira, porque el marido ¡era el pregonero de Toledo! Este es el “argumento” del *Lazarillo*, que figuraría en ese folio que estaba después del prólogo (su lugar habitual), y que no nos ha llegado. Con su desaparición, quedó emboscada la construcción de la obra, pero posiblemente así se salvó ésta; de esta forma se ha venido leyendo como la vida de un pobre muchacho que va de amo en amo. Son éstos —los eclesiásticos, el ciego rezador, el escudero muerto de hambre— el objeto de la finísima ironía sátira erasmista; Lázaro es la víctima, el testigo, de su falta de caridad, de sus vicios. Ese cambio de enfoque pone de manifiesto la ideología erasmista de su autor, esa voluntad de reformar una iglesia corrupta, y al mismo tiempo, el interés por un estamento social, el cortesano, al que él pertenecía.

El *Novellino* de Masuccio fue una de las lecturas de Alfonso de Valdés. Hay muchas más en el texto de sus tres obras; poco a poco van aflorando sus huellas, están en la prosa del *Lazarillo de Tormes* y trazan puentes entre esa espléndida creación novelesca y sus dos *Diálogos*. Han dejado palabras, motivos literarios, ideas en las tres obras. Y esa materia literaria elaborada tan maravillosamente es la prueba definitiva de que Alfonso de Valdés escribió *La vida de Lazarillo de Tormes*, una inteligente y agudísima sátira erasmista, pero también una espléndida y divertida novela.

La buena literatura recrea elementos, toma palabras, ideas de las obras literarias anteriores; si en los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés pueden verse —si se les aplica un cristal de alinde— unas lecturas, y éstas coinciden con las que también aparecen en el texto del *Lazarillo*, es indudable que no sólo dibujan los gustos literarios de su autor, sino que también le devuelven esa obra espléndida al mejor prosista de la primera mitad del siglo XVI, al erasmista Alfonso de Valdés.

#### 4. HUELLAS DE LAS LECTURAS DE ALFONSO DE VALDÉS

Alfonso de Valdés era un voraz lector y tenía a su disposición la biblioteca de Carlos V. Se nos conserva un testimonio de cómo había libros italianos en la suya: Vicente Navarra le escribe desde Barcelona, el 25 de octubre de 1528, y le dice: *Ornabit noster Maius afatim tuam bibliotecam italicis libris* (Caballero, 1995: 395). Su *Lazarillo de Tormes* muestra la huella del *Decamerón* de Boccaccio y del *Novellino* de Masuccio; su *Diálogo de Mercurio y Carón*, la de Pontano. Es un procedimiento que él además indica en el prólogo de este diálogo, donde justifica que no ponga su nombre en la obra y dice “si la invención y doctrina es



buena, dense las gracias a Luciano, Pontano y Erasmo, cuyas obras en esto habemos imitado” (Valdés, 1999: 74). Los hechos históricos mencionados en el *Lazarillo de Tormes* sitúan la obra en un momento de escritura preciso; la ideología que hay en ella señalan claramente a un escritor erasmista; las coincidencias léxicas confirman que ese espléndido y culto escritor erasmista de finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo XVI es el único que responde a tales rasgos: Alfonso de Valdés, el fiel secretario del Emperador. Sus lecturas son las pruebas literarias que avalan con toda autoridad su autoría. Para mostrarlo, escojo las últimas que he descubierto: el *Libro del caballero Cifar* y la traducción castellana de la genial obra de Joanot Martorell: *Tirante el Blanco*.

#### 4.1. *La presencia del Libro del caballero Cifar en las obras de Alfonso de Valdés*

El texto del *Caballero Cifar* nos ha llegado en dos testimonios manuscritos y en la edición de Sevilla impresa en 1512 por Jacobo Cromberger (Lucía, 1996: 97). El maravilloso códice miniado que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia fue propiedad de Margarita de Austria (luego pasaría a María de Hungría), y, por tanto, pudo muy bien leerlo el secretario del Emperador, Alfonso de Valdés; y es indudable que también pudo hacerlo en la edición sevillana.

La presencia de Roboán en el reino de una emperatriz de nombre simbólico, Nobleza, dejó una clara huella en la declaración de Lázaro. Un emperador que nunca se ríe lleva al joven caballero a la orilla del mar, a “una çerca alta que avía mandado fazer”; llegan a la puerta de aquel lugar “e metió la mano el enperador a su bolsa e sacó de allí una llave e abrió la puerta e entraron dentro e çerraron la puerta en pos de sí (Zifar, 1982: 383). Ven un batel sin remos, y el emperador le mandará a Roboán que suba en él. Lo llevará al reino de Nobleza, con quien se casará y vivirá doce meses menos tres días de felicidad absoluta. Perderá ese paraíso por caer tres veces en la tentación que le ofrece el demonio en forma de hermosa dama: le animará a que pida sucesivamente a la emperatriz el alano, el azor y el caballo que ella guarda “en una camareta, dentro en la cámara do ella durmíe”. La palabra *camareta* nos lleva a la casa del escudero, porque Lázaro dice que su amo “entró en una camareta que allí estaba y sacó un jarro desbocado”, pero no basta como enlace entre las dos obras ya que es también término de otra lectura de Alfonso de Valdés, el *Arcipreste de Talavera* (Navarro, 2003: 108-109).

La emperatriz, al acceder a su primera petición, le dice a Roboán: “Tomad esta llavezilla, e en la mañana abridla”. Después de que haya conseguido el emperador el blanquísimo alano, de nombre “Placer”, la bella dama demoníaca le animará a que pida a Nobleza el azor que tiene en la camareta. La emperatriz hace lo mismo al acceder a la segunda petición: “E ella sacó una llavezilla de su limosnera e diógela e dixo que en la mañana abriese la camareta e que lo tomase”. Queda una tercera tentación: la del caballo más blanco que la nieve, “el más corredor del mundo”. Pero esta vez no se atreve a pedírselo a la emperatriz, y dice el narrador: “e el enperador non podía dormir e estávase rebolviendo mucho a menudo en la cama, non se atreviendo a la despertar e demandar el cavallo”. Ella se da cuenta, le pregunta qué le pasa y lo tranquiliza, pero él no se atreve aún a confesarle el deseo que le inquieta. Se dormirá, “e diole Dios tan buen sueño, que se durmió bien fasta ora de terçia. E la enperatris non osava rebolverse en la cama con miedo que despertase” (Zifar, 1982: 390-399).

Si volvemos al tratado tercero, en el que Lázaro cuenta su vida con el escudero, lo vemos la primera noche, echado a los pies de su amo, muerto de hambre, sin poder dormir y cuenta cómo se maldice y a su ruin fortuna “lo más de la noche”, “y lo peor: no osándome revolver por no despertarle, pedí a Dios muchas veces la muerte” (Valdés, 2004: 31).

Cuando, por fin, Roboán se atreva a pedirle la llave a Nobleza, esta repetirá otra vez el mismo gesto: “E ella metió mano a la limosnera e sacó una llave e diógela” (*Zifar*, 1982: 401). Y nos lleva esta vez al tratado segundo del *Lazarillo*: ese es el gesto que hace ceremoniosamente el mezquino clérigo para darle la llave a Lázaro que abre la cámara con el objeto de deseo, pero lo que guarda es sólo una horca de cebollas. Primero ha indicado cómo el avaro lleva “atada con un agujeta del paletoque” la llave del arcaz de los bodigos; luego dirá cómo cuando le tocaba a Lázaro ración de cebolla —“una para cada cuatro días”—, “si alguno estaba presente, echaba mano al falsopecto y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo: —Toma y vuélvela luego, y no hagáis sino golosinar” (Valdés, 2004: 17).

Todavía habrá un tercer elemento que Alfonso de Valdés toma de esa lectura suya: un dato preciso que prueba además cómo la edición burgalesa del *Lazarillo* es de nuevo la más adecuada, la más cercana al original perdido. Es lo que valdrían las casas del escudero si ellas estuvieran en pie: “dozientas vezes mil marauedís” (Valdés, 2004: 39), que en las ediciones de Medina y Alcalá pasa a ser “dozientas mil marauedís”, perdiendo la palabra “veces”; y Martín Nucio, el impresor de la de Amberes, corrige el aparente error de concordancia e imprime “dozientos mil marauedís”. La infanta Seringa libera a sus prisioneros, el hijo del rey enemigo y sus caballeros, a cambio de “dozientas vezes mill marcos de oro” (*Zifar*, 1982: 357). Los marcos de oro los menciona el amo de Lázaro, el escudero, para valorar su espada, con un guiño literario además a las armas empeñadas del conde Claros, las del romance “A caza va el emperador”: “No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese” (Valdés, 2004: 31).

También dejó huellas de esta lectura Alfonso de Valdés en su *Diálogo de Mercurio y Carón*. No sólo en los consejos que dio Polidoro a su hijo Alexandre al modo de los que dio el rey de Mentón, o caballero Cifar, a los dos infantes, Garfín y Roboán; sino que hay referencias concretas comunes.

Un malvado rey se arrepentirá y pedirá perdón a su pueblo reformándose; sirve de ejemplo al cruel y arrepentido conde de Turbia, que le pide consejo al infante Roboán sobre qué puede hacer “ca esta mi vida non es vida, ante me es par de muerte” (*Zifar*, 1982: 365). El conde le dará las gracias a Roboán por el ejemplo contado y por el consejo que de él se deriva, y le dirá: “...dada me avedes la vida”. Es parecido caso al del rey Polidoro; su ánima le contará a Mercurio su mal vivir cuando, enzarzado en guerras, veía su país destruido y no se preocupaba del buen gobierno de sus súbditos y a menudo le “era enojo el vivir”. Cuando el dios exclame “Oh, qué vida tan trabajada!”, el ánima le replicará: “¿A esta llamas vida? A la fe, dígole yo muerte” (Valdés, 1999: 213).

Ya reformado, en su forma de gobernar, se asemeja, en cambio, al rey Mentón, tal como se lo cuenta un hombre bueno del hospital a la dueña, que oculta su condición de primera esposa del rey: la ausencia de pleitos. El resultado de su buen gobierno es también semejante: acuden a su reino gente de todas partes:

E por la grant bondat de la tierra e justia e pas e concordia que es en ella, toma y muy poco trabajo él nin sus jueces de oír pleitos, ca de lieve non les viene ninguno. [...] E por todas estas razones sobredichas, se puebla toda la tierra mucho, ca de todos los otros señoríos vienen poblar a este regno, de guisa que me semeja que aína non podremos en él caber. (*Zifar*, 1982: 175).

El ánima del rey Polidoro le cuenta a Mercurio su forma de gobernar, después de darse cuenta de sus errores anteriores, y concluye:

...y de allí se desparció y derramó tanto esta buena doctrina por todos mis reinos, que desde a pocos años los jueces eran los menos ocupados y las salas de mis audiencias se hallaban muchas veces vacías, sin tener pleitos que ver.[...] Acudió después de reinos extraños a vivir en los míos,

cuando se comenzó a divulgar esta fama, tanta gente, que, no cabiendo en los lugares, fue menester edificar otros muchos de nuevo. (Valdés, 1999: 219-220).

De esta forma, el *Libro del caballero Cifar* es otra de las obras que, asomando en lugares del *Lazarillo* y de uno de los *Diálogos* de Alfonso de Valdés, puede verse en la “biblioteca” del gran escritor. La segunda lectura de Alfonso de Valdés en la que me detengo es un libro que se publica un año antes que el *Cifar*, en 1511, y que tampoco se reimprime. A veces las fechas de impresión de las obras pueden ser también significativas porque contribuyen a situar en el tiempo a ese lector que transparentan las páginas de sus creaciones.

#### 4.2. *La lectura de Tirante el Blanco en los dos Diálogos*

La espléndida obra de Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*, aparece impresa en Valencia en 1490, y el editor de la segunda edición (Barcelona, 1497), Diego de Gumiel, la manda traducir y la imprime sin nombre de autor, en Valladolid, en 1511. Nos han llegado sólo dos ejemplares de esta única edición (Riquer, 1975), los dos incompletos, aunque no les faltan los mismos folios (Mérida, 2002). Juan de Valdés, apasionado lector de libros de caballerías, como él dice (“en las cuales tomaba tanto sabor que me comía las manos tras ellas”, Valdés, 1982: 248), curiosamente no la cita; su hermano Alfonso la había leído muy bien. Tal vez ese silencio sobre la obra y su aparente poco éxito<sup>8</sup> en castellano tenga una razón política: la coincidencia de un episodio esencial de la obra con otro que tuvo que conmocionar a la corte.

Tirante no consigue ser emperador, muere tras un fuerte dolor de costado; y lo hará luego de dolor su esposa Carmesina, y antes, al verla desesperada, su padre, el Emperador. Acaba reinando Hipólito, que se casa con la Emperatriz, de la que el joven había sido amante. El episodio de los amores del joven, “sobrino” de Tirante,<sup>9</sup> con la Emperatriz es realmente sorprendente; y más que no reciba tal comportamiento castigo, sino un final feliz.

Fray Antonio de Guevara situó al caballero entre los héroes históricos (como si el predicador fuera un antecedente de don Quijote) en una carta que escribe para Juan de Padilla, “capitán que fue de los comuneros contra el Rey, en la cual le persuade el auctor que dexé aquella infame empresa”; le dice: “Si vos, señor, tomáredes mis consejos, assentara os yo en mis crónicas entre los varones ilustres de España, es a saber: con el famoso Viriato, con el venturoso Cid, con el buen conde de Fernán González, con el caballero Tirán y con el Gran Capitán y otros infinitos caballeros dignos de loar y no menos de imitar” (Guevara, I, 1950: 308).

Poco después de que se traduzca y se publique en castellano el *Tirant*, llega el joven rey, Carlos, a España (1517). Le recibe en Valladolid la viuda de su abuelo, la joven Germana de Foix, y viven una apasionada historia de amor, de la que nace una hija, Isabel de Castilla.<sup>10</sup> En 1519 Carlos casa a la reina viuda con el conde de Brandemburgo (el señor de Chièvres, el todopoderoso consejero del Rey, no fue ajeno a esta decisión).

Es muy probable que esa concordancia entre vida y ficción fuera la causa del aparente

8. Ya Menéndez Pelayo indicó ese extraño olvido del que él llama “uno de los mejores libros de caballería que se han escrito en el mundo, para mí el primero de todos después del *Amadís*, aunque en género muy diverso” (Menéndez Pelayo, I, 1943: 392).

9. Tirante dice en su testamento: “Hago e instituyo por mi universal heredero a mi sobrino y criado Ypólito de Roca Salada, el qual quiero que en mi lugar suceda” (*Tirante*, V, 1974: 187). Su identidad novelesca es imprecisa y cambiante. Su nombre es además significativo porque es el del hijastro amado por Fedra.

10. Véase, en Navarro Durán, 2004: 264-270, la relación que existe entre este episodio histórico y la primera mención de un *Lazarillo*, “el que cabalgó su abuela”, en el *Retrato de la Lozana Andaluza*.

poco éxito de una obra tan divertida y tan espléndida, que convenció a fray Antonio de Guevara, que entusiasmaría años más tarde a Cervantes y que leyó atentísimamente Alfonso de Valdés, aunque su hermano nada diga de ella.

Hay pruebas evidentes en sus *Diálogos* que avalan la lectura de la obra por el escritor conuense; pero, para no alargarme, cito sólo dos coincidencias léxicas muy significativas. Un hápax de Alfonso de Valdés es la palabra “artizar”; habla de los franceses y de sus malas artes, de cómo mandan embajadores de paz al Emperador y están preparando la guerra: “como siempre suelen los franceses *artizar*, que estonces se muestran más deseosos de la paz cuando más se aperciben para la guerra, por tomar desproveídos a sus contrarios” (Valdés, 1999: 158). La palabra, muy rara, está en el *Tirante*. Tirante, auténtico estratega, fortalece la ciudad y al mismo tiempo hace cavar minas por debajo de los lugares más “flacos” para salir de la ciudad a unos huertos cercanos: “Como el Caudillo vio hacer a Tirante tan sotiles y *artizadas* obras, estaba el más maravillado hombre del mundo” (*Tirante*, IV, 1974: 43); es una traducción de la palabra catalana *artizades* (“artificiosas, hechas con ingenio”, como anota Martín de Riquer). Un refrán que usa poco antes en el mismo texto Alfonso de Valdés, “tú hurtabas el puerco y dabas los pies por Dios” (Valdés, 1999: 156), está también<sup>11</sup> en boca de Tirante: “Doncella, a ti te contece como al que hurta el buey y da los pies a Dios” (traducido literalmente del refrán catalán; *Tirante*, IV, 1974: 177). Pero dos páginas antes encontramos la misma defensa de la paz que en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*.

Placer de mi Vida habla a Tirante vestida de mora, sin darse a conocer, para pedirle que no destruya la ciudad de su señora (es la etapa de su cautividad en Berbería):

Bien sabes que dixo Jesucristo que bienaventurados serán los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios. E la noche de Navidad, quando Jesucristo nació, los ángeles cantavan: “Gloria sea dada a Dios en los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Y pues tú eres cristiano, ¿por qué vienes contra sus mandamientos? (*Tirante*, IV, 1974: 174-175).

Lactancio hace un muy bello discurso pacifista contra la guerra del Papa, y en él inserta la misma cita evangélica: “¿Dónde halláis vos que mandó Jesucristo a los suyos que hiciesen guerra? Leed toda la doctrina evangélica, leed todas las epístolas canónicas; no hallaréis sino paz, concordia y unidad, amor y caridad. Cuando Jesucristo nació, no tañeron al arma, mas cantaron los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis!* [...] Pues el que ésta [la caridad] no tiene, ¿cómo será cristiano?” (Valdés, 1992: 101).

Basten estas concordancias como muestra de la presencia del *Tirante el Blanco* en los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés. Nos interesa ahora ver cómo toma —se inspira en— elementos del libro de caballerías y los convierte en materia de su extraordinaria obra, *La vida de Lazarillo de Tormes*.

#### 4.3. Tirante el Blanco en el Lazarillo de Tormes: palabras y personajes

Esa “nonada”, como le llama el escritor al presentársela a los lectores, tiene huellas muy claras de la lectura que hizo el escritor conuense de ese apasionante libro de caballerías. La misma palabra “nonada” aparece repetida en el *Tirante*: “y tornarse ya en nonada” (I, 1974: 106); “¡cuánta fatiga me dan por no nada” (II, 1974: 209); “las locas de las donzellas que de

11. Y además lo usa don Juan Manuel en *El conde Lucanor*, obra que deja huellas en los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés y en el *Lazarillo*: “ca poco valdría robar el carnero et dar los pies por amor de Dios” (Juan Manuel, II, 1983: 318).

nonadas temen” (III, 1974: 191); “que por mucho que le diga es tanto como nonada” (III, 1974: 282). Y otros términos —indudablemente no exclusivos de las dos obras<sup>12</sup> y que pueden indicar uso lingüístico del momento—, desde “caras rescañadas” (III, 1974: 254), que nos lleva al “rascuñado el pescuezo” del *Lazarillo* (Valdés, 2004: 14); a “mozo de ciego” (*Tirante*, II, 1974: 396), “por qué escalones es subido” en la victoria (*Tirante*, III, 1974: 265),<sup>13</sup> “espíritu de profecía” (*Tirante*, IV, 1974: 183),<sup>14</sup> “contramina” (IV, 1974: 131),<sup>15</sup> “comer con gran triunfo” (V, 1974: 135),<sup>16</sup> “*el triste de vuestro marido*” (III, 1974: 254), “querría estar x estados debaxo de tierra” (III, 1974: 238), u objetos o elementos del relato: las andas con las que llevan a un caballero muerto (I, 1974: 199), asar un pedazo de carnero (I, 1974: 71) y tomar “cabezas de carnero” (III, 1974: 240), caerse Tirante con la escala, rozando la pared, al querer ser el primero en el asedio a una ciudad turca para ganar fama ante el Emperador y Carmesina (II, 1974: 380);<sup>17</sup> ofrecer duraznos (IV, 1974: 60), poner dinero en los cambios (I, 1974: 107), la presencia de “un negrito” (III, 1974: 363), entrar en una viña y saciar el hambre comiendo racimos, hecho central en una parábola que cuenta Hipólito a la Emperatriz<sup>18</sup> y que conquista a su doncella Eliseo (III, 1974: 263); y vivido por el propio Tirante, náufrago en tierra africana (III, 1974: 367), etc. Pero voy aquí sólo a centrarme en algunos motivos literarios.

En el tratado segundo, donde cuenta Lázaro su miserable vida con el mezquino clérigo, el arcaz con los bodigos que le dan los fieles al avaro amo se convierte en el centro de la vida y del pensamiento del pobre mozo. En el libro tercero del *Tirante* se destaca también el papel de “una arca grande con un agujero”, que está en el retrete —cuarto pequeño— de la cámara de la princesa Carmesina, porque en él Placer de mi Vida va a esconder a Tirante; el agujero le permitirá respirar, “resollar” (III, 1974: 180). Los del arcaz le permiten a Lázaro hacer de ratón.

El episodio acabará con el caballero en la cama de la princesa; y ella, al darse cuenta, grita; Placer de mi Vida “le atapava la boca con sus manos”. Cuando ya se iniciaba “la aplazible batalla”, la Viuda Reposada se imagina lo que pasa y da gritos para despertar a todo el mundo. Placer de mi Vida llevará al retrete a Tirante para que, desde allí, salte desde un terrado al suelo con una cuerda (será corta, y al saltar se romperá una pierna). Cuando la emperatriz acuda a la cámara de Carmesina y le pregunte por qué ha gritado, ella inventa lo siguiente:

12. Lo significativo es su acumulación; algunos de ellos aparecen en otras lecturas de Alfonso de Valdés (Navarro Durán, 2003, 2004).

13. Contrasta con las palabras de Lázaro cuando se pone a trabajar como aguador para el capellán: “Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida” (Valdés, 2004: 48). La ironía es así más evidente aún.

14. También aparece en otra lectura de Alfonso de Valdés: *El arcipreste de Talavera* (Navarro Durán, 2003: 43).

15. Palabra que lleva al verbo “contraminar”, que es uno de los términos muy poco frecuentes y comunes al *Lazarillo* y al *Diálogo de Mercurio y Carón*: “si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso, le *contraminaba* de tal suerte” (Valdés, 2004: 9). “Y dime tan buena maña, *contraminando* sus vicios con virtudes” (Valdés, 1999: 275).

16. Uso también de Torres Naharro (Navarro Durán, 2004: 101).

17. Señala en nota a su edición Francisco Rico el pasaje del *Tirant* a propósito de “¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir?” del prólogo del *Lazarillo* (*Lazarillo*, 1987: 6). No sólo Tirante se arriesgó en exceso; también lo hizo el duque de Borbón, capitán general del ejército del Emperador en Italia, en el asedio a Roma y perdió la vida. Francesillo de Zúñiga, el bufón del Emperador, cuenta en su *Crónica burlesca del emperador Carlos V* que el conde de Miranda, al que nombran visorrey de Navarra, al cercar el castillo de Maya, “fue uno de los primeros que subieron por el escala, armado en blanco” (Zúñiga, 1989: 82).

18. Un hombre hambriento en una viña come “d’en quatro en quatro o de cinco en cinco granos juntos”, que nos lleva al comer de “dos a dos, y tres a tres” de Lázaro (Valdés, 2004: 12).

—Señora —dixo la Princesa—, una gran rata saltó sobre mi cama y subíame sobre la cara, y espantome tan fuerte que uve de dar tan grandes gritos que estava fuera de mi seso; y con la uña me ha señalada la cara, y me ha hecho Dios merced que no me tocó en los ojos.

Y aquel rescaño le avíe hecho Plazer de mi Vida como la atapava la boca porque no diesse bozes (*Tirante*, III, 1974: 189-190).

Sigue el episodio con la preocupación de la princesa por la suerte de Tirante. La Viuda Reposada vuelve a hacer de las suyas y le anuncia la muerte del caballero; Carmesina, diciendo tres veces “¡Jesús, Jesús!”, se desmaya. El nuevo grito vuelve a llevar a su cámara a los padres; Carmesina estará tres horas sin volver en sí; y ante las preguntas del Emperador sobre la causa, le dicen: “Señor, ella tornó a ver otra rata pequeña, y como tenía la fantasía en la que avíe sentido en la cama, viendo aquella tomó gran alteración” (III, 1974: 200).

No hay más que unir esa rata imaginaria al arca agujereada, en donde se esconde Tirante, y vemos el arcaz y los ratones del episodio del clérigo. Sólo que a ellos se le suman los mures y las culebras del *Calila e Dimna*, otra de sus lecturas (Navarro Durán, 2005). Es la materia literaria que el genial escritor conquense asimila y transforma en palabras de su texto, sin que nada se note en él. Sólo el cristal de alinde permite ver esos detalles que nos llevan a sus lecturas, a su saber.

Lázaro, mientras su amo anda de noche por la casa con el garrote, se hace el dormido, porque el cazador de culebras no le deja coger el sueño: “Yo las más veces hacía del dormido” (Valdés, 2004: 24). También Placer de mi Vida hace lo mismo porque quiere ver qué pasa en la cámara entre la Princesa y Tirante, y Estefanía y Diafebus: “Y Placer de mi Vida tenía deseo de ver y sentir todo el hecho, y detúvose que no se dormió. E como Estefanía vino con la lumbre, cerró los ojos e hizo que dormía” (*Tirante*, II, 1974: 393). Quien irá a buscar lumbre será el mezquino clérigo después de darse cuenta de que ha dado el garrotazo a Lázaro: “Y con mucha priesa fue a buscar lumbre”, *Lazarillo* (Valdés, 2004: 25). El garrote que tiene en la cabecera de la cama tiene como origen, en cambio, la vara que el huésped del religioso descarga sobre la cabeza del mur del *Calila*; y su persecución de la supuesta culebra está en la novela VI del *Novellino* de Masuccio (Navarro Durán, 2003: 94-95). Es el arte insuperable de Alfonso de Valdés.

Se puede añadir también a esas huellas de lectura una pincelada del episodio del *Tirante* con mayor fortuna literaria: el engaño a los ojos. La perversa Viuda Reposada hará “ver” a un Tirante escondido —a través de unos espejos— el supuesto adulterio de Carmesina con el esclavo hortelano; tiene como cómplices inocentes de su propia desdicha a la Princesa y a Placer de mi Vida, que se ha disfrazado del hortelano con “unas vestiduras para juego de Corpus Christi” que le ha dado la malvada Viuda. Tras decirle ésta a Tirante que “si el pecado se comete, que a lo menos sea con hombre de su ley”, así le adelanta lo que ella le hará “ver”: “Porque ella [Carmesina] se ha ensuziado y embuelto con el Lauseta, ortolano del huerto del Emperador, que es esclavo negro, comprado y vendido, y moro de su natura” (*Tirante*, III, 1974: 281). Acabará subrayando: “Y dígoos, señor Tirante, que por mucho que le diga es tanto como nonada” (III, 1974: 282). ¿Hace falta decir cómo adquiere mayor significado aún la “conversación” de la madre de Lázaro con el Zaide?

#### 4.4. *La aplicación de referencias bíblicas a la vida cotidiana en el Tirante y en el Lazarillo*

No puedo analizar aquí a fondo todas las huellas del *Tirante el Blanco* en la obra de Alfonso de Valdés; baste sólo como cierre señalar el uso que en el libro de caballerías hay de expresiones bíblicas aplicadas a episodios de muy distinto signo de la vida de los personajes, con

cierta o mucha irreverencia.<sup>19</sup> Placer de mi Vida le dice a Tirante cuando le anuncia la boda que le ha preparado: “Presta es, señor Tirante, la tu sirvienta; sea hecho de mí según tu voluntad” (1974, IV: 242), que recoge las palabras de la Virgen al ángel san Gabriel (Lucas, 1, 38). Junto a ello, el “padecer persecución por justicia” que Lázaro dice de su padre, y que Alfonso de Valdés leyó en *La Celestina* (Navarro Durán, 2004: 77-78) es un juego mucho más inocente. La misma ingeniosa doncella le habla en una ocasión a Carmesina, para incitarla a que se entregue a Tirante, como si fuera Dios quien le hablara en el juicio final pidiéndole la cuenta de su vida: “Por mí fue mandado que fuese hecho hombre a ymajen y semejança mía, y de la costilla del hombre fuesse hecha compañía al hombre. E más dixere: creced y multiplicad el mundo...” (1974, III: 235). Se imagina además cómo Carmesina le pedirá perdón a Dios y lo que le hará decir el ángel custodio: es una especie de representación religiosa interpretada por una única actriz: esa tracista sin par que es la deliciosa e inteligente Placer de mi Vida.

Tirante tendrá la visión del paraíso viendo los pechos de Carmesina. Mientras el Emperador habla y el caballero le escucha,

...los ojos, por otra parte, *contemplavan en la gran belleza y hermosura de Carmesina*. La qual, por el gran calor que hazía y porque avían estado con las ventanas cerradas, estava medio desabrochada, que se mostravan en sus pechos dos mançanas de paraíso que parecían cristalinas, las quales dieron entrada a los ojos de Tirante, que de allí adelante no hallaron la puerta por donde avían de salir, e para siempre quedaron en prission y en poder de persona libre hasta que la muerte de entrambos los apartó (*Tirante*, II, 1974: 119).

El paraíso para Lázaro, donde ve la cara de Dios, es otro: son los bodigos del arca del mezquino clérigo; bien es cierto que es un “paraíso panal”.<sup>20</sup> Cuando ya no puede comerlo por miedo a que descubra la falta el clérigo, que ha contado los panes, lo que hace Lázaro es “abrir y cerrar el arca y *contemplar en aquella cara de Dios*” (Valdés, 2004: 21). No son las manzanas de la tentación, sino la contemplación del propio Dios en el pan ofrecido por los fieles al cura. El señor de Pantanalea ya había asociado la contemplación de Dios al ver la belleza<sup>21</sup> de la propia Carmesina:

Claramente, señora, se muestra por esperiencia manifiesta que natura no podía obrar más altamente que ha hecho en la gran singularidad de la hermosura que vuestra majestad posee, que por aquella vengo agora en noticia cuánta es la gloria que los bienaventurados santos sienten en paraíso en contemplar la divina Essencia, según es escrito en la Santa Escripura, que dize el psalmista endereçando su razón a Jesús, nuestro Salvador: “Señor, aquel que está delante de tus ojos, mill años son assí como el día de ayer que es pasado (*Tirante*, II, 1974: 342).

19. Menéndez Pelayo subrayó ya ese rasgo del libro de caballerías: “bufonadas en que sacrílegamente se mezcla lo humano con lo divino (por ejemplo, el rezo de la Emperatriz en el capítulo CCXLV)” (I, 1943: 400). En cambio, Martín de Riquer afirma que “un criterio rigurosamente estricto solamente encontraría en el *Tirant lo Blanch* dos pasajes irreverentes. Cuando Diafebus “acostà’s a Stephania e besà-li tres voltes en la boca a honor de la sancta Trinitat” (cap. 146); y cuando Plaerdemavida, en su labor celestinesca, aconseja a Tirant lo que debe hacer cuando se encuentre en la cámara a solas con Carmesina: “No sabeu vós como diu lo psalmista *manus autem?* (cap. 233)” (Riquer, 1992: 218). No hay más que unir a estas dos referencias las que yo señalo para ver que, junto a la innegable religiosidad del *Tirant*, hay también, paradójicamente, una aplicación a otros contextos de elementos religiosos o citas bíblicas con una cierta irreverencia.

20. Otra lectura de Alfonso de Valdés, el *Tercer abecedario espiritual* de Francisco de Osuna permite advertir la dilogía del término “panal”, porque no sólo señala los panes, sino que también quiere decir “colmena”, término que aplica Osuna al paraíso (Navarro Durán, 2004: 236).

21. La Viuda Reposada compara a Tirante con Jesucristo: “...assí como Jesuchristo alumbró a sus apóstoles, assí alumbráys vos a todos quando entráys por este palacio” (*Tirante*, III, 1974: 273).

La presencia del *Tirante* en las tres obras de Alfonso de Valdés se manifiesta casi siempre en mínimos detalles, pero son imborrables. Quedan otros todavía por subrayar, pero estos ya muestran la lectura minuciosa que hizo el secretario del Emperador: basta su lectura y la de Cervantes para que este maravilloso y original libro de caballerías sea el que más huella haya dejado en la mejor literatura española de la Edad de Oro. Ellos lo leyeron como un libro escrito en castellano y anónimo; no lo era: lo había escrito en catalán Joanot Martorell. Tampoco *La vida de Lazarillo de Tormes* es una obra anónima, sino del espléndido lector y escritor que fue Alfonso de Valdés.

## 5. FINAL

La mejor aguja de navegar por *La vida de Lazarillo de Tormes* es la lectura de los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés. No hay sólo palabras, expresiones, sino la misma ideología, parecidos temas, semejante dominio de la ironía. En el segundo libro del *Diálogo de Mercurio y Carón*, oímos al dios preguntándose por dónde estará el barquero y aplicándole cambiantes adjetivos, según la materia de la que habla, al modo en que Lázaro hace con sus amos; Carón es “el cuitado” porque lo imagina acongojado por la supuesta paz que se avecina, “el mezquino” por no poder pagar la galera recién comprada; “el buen marinero”, suprema ironía aplicada a un barquero del infierno confuso por su precaria situación económica, o “el bellaco” cuando lo imagina “en algún bodegón con las Furias banquetando” (Valdés, 1999: 205-206).

Y poco antes, cerrando el primer libro, habíamos visto a Carón obligando a una de las ánimas a que eche al agua el plomo que lleva porque está a punto de hundirle la barca: es plomo consagrado del que usaban en Roma para hacer los sellos de las bulas. El ánima, al preguntarle un sorprendido Carón por la razón de llevar tal carga, dice: “Háseme vendido tan mal este año pasado, que me sobró todo lo que ves, y tráigolo para aprovecharme acá si fuera menester” (Valdés, 1999: 203). No hay mayor ironía: ¡El ánima confía en vender el plomo para las bulas en el infierno!

Hay el mismo ataque a una religiosidad basada en prácticas externas huera, a clérigos avariciosos, que desconocen la caridad y el amor a Dios y olvidan por completo a los pobres (no sentarían a la mesa a Cristo si fuera mal vestido, Valdés, 1992: 127), a otros que viven amancebados (“el sacerdote que, levantándose de dormir con su manceba —no quiero decir peor— se va a decir misa”, dice Lactancio, Valdés, 1992: 214); el mismo ataque a la avaricia, la lujuria, la vanagloria de unos eclesiásticos que olvidan que su oficio se asienta en el mensaje de Cristo, en el amor al prójimo. A cortesanos que sólo piensan en halagar a su señor para poder medrar, como ese pobre escudero sin amo a quien servir, que tiene muy claro lo que haría si lo tuviera:

Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentirle tan bien como otro y agradecerle a las mil maravillas. Reírle hía mucho sus donaires y costumbres, aunque no fueran las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumplierse (Valdés, 2004: 40).

No hay más que compararlo con lo que dice el ánima de un mal consejero de un poderoso rey del desfile de ánimas del *Mercurio y Carón*: “Procuraba de andar siempre a su voluntad y nunca decirle cosa que le pesase. Si él decía algo en Consejo, aunque fuese muy malo,



decía yo que era lo mejor del mundo” (Valdés, 1999: 107). O con lo que declara el ánimo del tirano rey de los gálatos de sus malos consejeros y del gusto con que admitía sus mentiras: “Los otros nunca me decían cosa que me pesase, mas todo lo que hacía, aunque fuese lo peor del mundo, lo aprobaban ellos por muy buenos. ¿No querías, pues, que yo hiciese favor y mercedes a estos tales?” (Valdés, 1999: 153).

No hay mejor prosista en la primera mitad del siglo XVI que Alfonso de Valdés ni con un dominio tan inteligente de la punzante ironía; ni hay escritor que hable como él de esa corrupción de los miembros de una iglesia y de la necesidad de la reforma que propugnaba Erasmo ni de los malos cortesanos que sustentan su oficio en el halago pensando sólo en su medro. Es el mismo friso que se ve en *La vida de Lazarillo de Tormes* si miramos el retablo que nos narra el pregonero de Toledo y al que apuntan los dardos de su creador: el comportamiento de la serie de sus amos. Esa es la diana, como lo es el desfile de ánimas en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Sólo que Alfonso de Valdés creó a una víctima de la avaricia, crueldad y lujuria de esos amos, a un testigo de sus engaños e hipocresía, con tanta fuerza que el lector se apiada de él y olvida su papel fustigador. Lázaro es *Lazarillo*, y el diminutivo no supone ternura sino subrayado de malicia; no hay más que leer el pasaje en que se lo aplica el ciego, la única vez en toda la obra: cuando se da cuenta de que le ha cambiado la longaniza por el nabo. Eso es lo que no advertimos cuando nos conmovemos sólo por la miseria que vive el pobre mozo de muchos amos. Su lengua estaba afilada por la sutileza de una finísima ironía, la de ese espléndido escritor que fue Alfonso de Valdés.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ayala 1989 AYALA, FRANCISCO (1989): “El *Lazarillo* y la novela picaresca”. *Las plumas del fénix*. Madrid: Alianza Editorial, p. 11-99.
- Blecua 2003 BLECUA, ALBERTO (2003): “La edición del *Lazarillo* de Medina del Campo (1554) y los problemas metodológicos de su filiación”. *Salina*. Vol. 17, p. 59-70.
- Caballero 1995 CABALLERO, FERMÍN (1995 [1875]): *Alonso y Juan de Valdés*, Cuenca: Ayuntamiento de Cuenca; Instituto Juan de Valdés, 487 p. [Edición facsímil].
- Delicado 1985 DELICADO, FRANCISCO (1985): *La Lozana Andaluza*. Ed. de Claude Allaire. Madrid: Cátedra, 519 p.
- Fernández de Oviedo 2000 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO (1983-2000): *Batallas y Quincuagenas*. Transcripción de José Amador de los Ríos; ed. de Juan Pérez de Tudela y Bueso. Madrid: Real Academia de la Historia, 4 vols.
- Fontán / Axer 1994 FONTÁN, ANTONIO / AXER, JERZY (ed.) (1994): *Espanoles y polacos en la Corte de Carlos V*. Madrid: Alianza Universidad, 366 p.
- Guevara 1950 GUEVARA, fray ANTONIO DE (1950-1953): *Libro primero de las epístolas familiares*. Edición de José María de Cossío. Madrid: Aldus. 2 vol. (Real Academia Española. Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles).
- Juan Manuel 1983 JUAN MANUEL, don (1983). *Obras completas*. Vol. II. *El conde Lucanor*. Edición de José Manuel Blecua. Madrid: Gredos, 921 p.
- Keniston 1937 KENISTON, HAYWARD (1937): *The Syntax of Castilian Prose*. Chicago: The University of Chicago Press, 750 p.
- Lapesa 1973 LAPESA, RAFAEL (1973): “Personas gramaticales y tratamientos en español”. *Revista de la Universidad de Madrid*. Vol. XIX, p. 141-167.

- Lazarillo 1987 *Lazarillo de Tormes* (1987). Edición de Francisco Rico. Madrid: Cátedra, 191 p.
- Lucía 1996 LUCÍA, José Manuel (1996): “Los testimonios del Zifar”. *Libro del caballero Zifar. Códice de París*. Barcelona: Moleiro, p. 97-136.
- Menéndez Pelayo 1943 MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1943): *Orígenes de la novela*. Santander: Aldus; CSIC, 4 vol.
- Mérida 2002 MÉRIDA, Rafael M. (2002): “Introducción”. *Tirante el Blanco. Guía de lectura*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, p. 7-11.
- Mexía 1945 MEXÍA, Pedro (1945): *Historia del emperador Carlos V*. Madrid: Espasa-Calpe, 619 p.
- Navarro Durán 2002 NAVARRO DURÁN, Rosa (2002): “De cómo Lázaro de Tormes tal vez no escribió el prólogo a su obra”. *Ínsula*. Vol. 661-662, enero-febrero, p. 10-12.
- Navarro Durán 2003 NAVARRO DURÁN, Rosa (2003): *Lazarillo de Tormes y las lecturas de Alfonso de Valdés*. Cuenca: Diputación Provincial, 159 p.
- Navarro Durán 2004 NAVARRO DURÁN, Rosa (2004): *Alfonso de Valdés, autor del “Lazarillo de Tormes”*. Madrid: Gredos, 283 p. [2ª ed. con un apéndice.]
- Navarro Durán 2005 NAVARRO DURÁN, Rosa (2005): “De jerigonzas, ratones y otros asuntos del *Lazarillo de Tormes*”. *Garoz*. Vol. 5, septiembre, p. 139-161.
- Rey 2003 REY, Alfonso (2003): “El texto del *Buscón*”. Rey, A. (ed): *Estudios sobre el “Buscón”*. Pamplona: EUNSA, p. 37-64.
- Rico 1970 RICO, Francisco (1970): *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 150 p.
- Riquer 1975 RIQUER, Martín de (1975): “Un nuevo ejemplar del *Tirante el Blanco* de Valladolid, de 1511”. *Miscellanea Barcinonensia*. Vol. 47, p. 7-15.
- Riquer 1992 RIQUER, Martín de (1992): *Tirant lo Blanch, novela de historia y de ficción*. Barcelona: Sirmio, 267 p.
- Tirante* 1974 *Tirante el Blanco* (1974). Edición de Martín de Riquer. Madrid: Espasa-Calpe, 5 vols.
- Valdés 1992 VALDÉS, Alfonso de (1992): *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Cátedra, 236 p.
- Valdés 1996 VALDÉS, Alfonso de (1996): *Obra completa*. Edición de Ángel Alcalá. Madrid: Biblioteca Castro, 599 p.
- Valdés 1999 VALDÉS, Alfonso de (1999): *Diálogo de Mercurio y Carón*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Cátedra, 278 p.
- Valdés 2004 VALDÉS, Alfonso de (2004): *La vida de Lazarillo de Tormes*. En *Novela picaresca*. Vol. I. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Biblioteca Castro, 717 p.
- Valdés 1982 VALDÉS, Juan de (1982): *Diálogo de la lengua*. Edición de Cristina Barbolani. Madrid: Cátedra, 264 p.
- Vilanova 1989 VILANOVA, Antonio (1989): “Lázaro de Tormes como ejemplo de una educación corruptora”, “Fuentes erasmianas del escudero del Lazarillo”. *Erasmus y Cervantes*. Barcelona: Lumen, p. 180-279.
- Zifar 1982 *Libro del caballero Zifar* (1982). Edición de Joaquín González Muela. Madrid: Castalia, 446 p.
- Zúñiga 1989 ZÚÑIGA, don Francés de (1989): *Crónica burlesca del emperador Carlos V*. Ed. de José Antonio Sánchez Paso. Salamanca: Universidad de Salamanca, 169 p.

## RESUMEN

El texto de *La vida de Lazarillo de Tormes* que nos ha llegado presenta como último párrafo del prólogo lo que es ya el comienzo de la obra: el cambio brusco de interlocutor lo indica. El pronombre *ella* referido a “Vuestra Merced”, el destinatario de la declaración de Lázaro, muestra que esa persona es una dama. Pide información sobre el “caso” porque le preocupan los rumores que ha oído sobre si el arcipreste de san Salvador es un clérigo amancebado; él es su confesor, y pueden peligrar los secretos confesados a un clérigo vicioso. El sentido del *Lazarillo de Tormes* cambia por completo si se sitúa el punto de mira no en la vida del mozo de muchos amos, sino en el comportamiento de estos, todos ellos relacionados con la iglesia, salvo el vanidoso escudero sin empleo. Las referencias históricas, el contenido ideológico, las coincidencias léxicas y las lecturas que afloran en el texto del *Lazarillo* perfilan nítidamente a su autor: el erasmista Alfonso de Valdés. El *Libro del caballero Cifar y Tirante el Blanco* son dos de las obras cuya huella se manifiesta en sus dos *Diálogos* y en su *Lazarillo*.

PALABRAS CLAVE: Transmisión textual. Autoría del *Lazarillo*. Erasmismo. Sátira. Huellas de lecturas.

## ABSTRACT

In the text of *La vida de Lazarillo de Tormes* that has been handed down to us the last paragraph of the foreword constitutes the beginning of the work, as attested by the brusque change of narrator. The pronoun *ella* referring to “Vuestra Merced”, the addressee of Lázaro’s statement, shows that that person is a lady. She asks for information about the “caso” (‘affair’) because she is worried by the rumours she has heard about the archpriest of San Salvador cohabiting. He is her confessor and her secrets might be betrayed by a dissolute cleric. The meaning of the *Lazarillo de Tormes* changes completely if, instead of focusing on the servant of many masters, we direct our attention to the behaviour of the masters themselves, all associated with the Church, except the vain, idle squire. The historical references, the ideological content, the lexical coincidences and the bibliographical influences that emerge in the *Lazarillo* leave no doubt as to the identity of the author: the Erasmist Alfonso de Valdés. The *Libro del caballero Cifar* and *Tirante el Blanco* are two of the works that leave their mark on his two *Diálogos* and the *Lazarillo*.

KEY WORDS: textual transmission, authorship of *Lazarillo*, Erasmism, satire, bibliographical influences.